

Un día profundamente gris

Proteo Laurenti hervía de rabia, celos y desesperación. Había pasado la noche inquieto, dando vueltas en la cama, sudando y tiritando y casi sin pegar ojo. Tenía ganas de vomitar.

Era 19 de noviembre, domingo, y la luz del día apenas lograba abrirse camino entre los nubarrones negros de tormenta. Desde ayer, la *bora nera* azotaba la ciudad y se llevaba por delante cuanto no estaba firmemente anclado. Golpeteaban las contraventanas, y una y otra vez se oía el estallido de alguna maceta u otro objeto al caerse a la calle o contra los coches aparcados en apretadas hileras. Desde el puerto llegaba el único ruido conciliador: el viento parecía estar tocando el arpa en los obenques y las jarcias de los veleros.

Laura le había anunciado la noche anterior que había otro hombre en su vida. No sabía si le amaba. Necesitaba tiempo para comprobarlo y quería reflexionar sobre ello a solas y con tranquilidad. Proteo Laurenti casi tuvo que obligarla a confesarlo. Llevaba semanas reprochándole que algo había cambiado entre ellos. Ella lo había negado y negado. Hasta la noche anterior. Era Pietro, le contó, el agente de seguros. Hacía bastante que se había enamorado de ella, y ella disfrutaba con sus atenciones. No, no se había acostado con él. Se iría de viaje unos días para aclarar sus ideas.

Laura había pasado la noche en el cuarto de Patrizia Isabella. Proteo ya la había oído en el baño antes de las siete,

luego sus pasos en la cocina. Se levantó, esperaba hacerla cambiar de opinión a pesar de todo, pero ya la encontró con el abrigo puesto y el equipaje listo en el pasillo, con las llaves en la mano. Se despidió de él con un beso fugaz y se escabulló de entre sus brazos cuando, inseguro, intentó abrazarla. Después, la puerta se cerró detrás de Laura y Proteo corrió desesperado al dormitorio, se enterró debajo del edredón y la emprendió a puñetazos contra las almohadas hasta que el cansancio gris que le había dejado la noche volvió a apoderarse de él y lo sumió en un sueño inquieto, plúmbeo.

A las nueve, Proteo estaba en pie, hecho polvo, y deambulaba por la casa. No tenía ganas ni de hacer café ni de escuchar música o leer, como le gustaba hacer los domingos por la mañana, mientras el resto de la familia aún dormía. Finalmente, entró en la habitación de Marco. Al abrir los ojos, su hijo se asombró de la mirada de pesadumbre de su padre.

–¿Qué pasa, papá?

–Quería decirte que Laura se ha marchado una temporada. Tenemos problemas muy serios y quiere reflexionar sobre ello.

–¿Qué? –dijo Marco, dando un respingo.

–Tiene una historia con otro hombre –Proteo se apoyó en el marco de la puerta–. Quiere estar sola para poner en claro sus sentimientos. A lo mejor se acaba arreglando todo –dijo sin atreverse a hablar muy alto.

–¿Con quién? –preguntó Marco.

–Con Pietro, el agente de seguros.

–¡No puede ser! ¿Con ese aburridor? –Marco estaba consternado–. ¿Y se ha ido con él?

–¡No! Parece ser que no. Dijo que iba a San Daniele, a casa de la abuela. Si va a encontrarse con él, eso ya no lo sé. Pero lo supongo.

–¡Voy a llamarla!

–No, Marco, déjala. Ya llamará ella. Creo que, de momento, necesita tranquilidad.

–¿Por qué no habló conmigo?

–Nos fuimos a dormir a la una. Tú, para variar, no habías vuelto todavía, y a las siete ya se ha marchado.

–¡Tendría que haberme despertado! –Marco retiró el edredón y se levantó meneando la cabeza–. ¡No lo entiendo! Pero ¿por qué?

–Eso me lo pregunto yo también.

Marco fue a la cocina arrastrando los pies, comprobó que el desayuno no estaba ya en la mesa, como era habitual los domingos, buscó la cafetera y puso un café.

–Creí que Pietro estaba casado.

–¡Y tu madre también!

–¿Cuánto llevan juntos?

–Ni idea. Desde el verano quizá –se encogió de hombros y se sentó a la mesa de la cocina cuando Marco trajo el café. Mientras la tempestad asolaba las calles, padre e hijo pasaron media hora más hablando sobre las cosas serias de la vida. Luego, Proteo Laurenti decidió salir a dar un paseo a pesar de la tormenta. Compraría unos cuantos periódicos y se sentaría un rato en el Caffè San Marco. Tenía la esperanza de que eso le distrajera un poco. A lo mejor se le ocurría una manera de hacer volver a Laura.

Había comenzado a nevar de nuevo, y la *bora* hacía que los copos de nieve empapados de agua volaran casi en horizontal sobre las calles. Escasos coches avanzaban a un paso tan lento como el de las personas. A dejar más huellas en la acera apenas se había atrevido ningún transeúnte. Tres casas más allá estaban los bomberos. Subido a la inestable escalera, desplegada hasta el cuarto piso, un hombre intentaba retirar una contraventana que se columpiaba de un único gancho antes de que el viento la lanzase a la calle. Laurenti se subió el cuello del abrigo, se cruzó de acera y siguió caminando pegado a las casas. Las fuerzas de la naturaleza que le azotaban el rostro le hacían bien, aunque no pudieran distraerle de su pesar. Pasó junto al cierre echado de la galería de arte de sus amigos, con quienes le hubiera gustado char-

lar ahora. Su simpatía le habría consolado. Claro que los domingos no se podía contar con ellos. Probablemente, seguirían en la cama con Barney, su pequeño terrier.

La humedad penetraba por la suela de cuero de sus zapatos. Poco antes de llegar a la tienda de periódicos coincidió con otro hombre, que iba encogido de hombros y con la bufanda enrollada casi hasta los ojos. Intercambiaron un breve saludo y Laurenti entró primero. La vendedora llevaba mitones de lana y un grueso chaquetón de borrego. El hornillo de gas era demasiado débil para caldear la tienda lo suficiente.

–Espléndido día –la saludó Laurenti.

–¡Y que lo digas!

–¿Cuánto durará esto?

–Las previsiones no dan demasiadas esperanzas.

–Casi como el invierno del 84 al 85 –dijo el otro hombre–. Aquella vez, hasta se congeló el mar en el Molo Audace.

–Dame, por favor, el *Piccolo*, el *Corriere* e *Il Sole 24 Ore* –Laurenti no tenía ganas de charla. Aunque llevase más de veinticinco años viviendo en Trieste, seguía sin acostumbrarse a que día sí, día también, la ciudad fuera el tema central de conversación de sus habitantes, capaces de comentar cosas sobre ella de forma incansable y repitiéndose hasta el infinito. ¿Quién se acordaba ya de un invierno de hacía dieciséis años?

La vendedora puso un periódico encima de otro.

–Cinco mil doscientas.

El comisario dejó caer el dinero sobre la mesa, luego su mirada se posó en la estantería llena de cartones de cigarrillos que había detrás de ella.

–Y una cajetilla de Marlboro y un mechero, Gianna. Que sea rojo.

–¿Cómo? ¡Pero si tú no fumas, Proteo!

–Por si acaso.

–Cinco doscientas y seis ochocientas... doce mil justas –meneó la cabeza y prefirió ahorrarse el comentario; después de todo, se ganaba la vida vendiendo esas cosas.

El comisario sacó unos cuantos billetes y monedas más, se puso los periódicos bajo el brazo, guardó los cigarrillos y el mechero en el bolsillo de la chaqueta, volvió a subirse el cuello y se dirigió a la puerta.

–Esperemos que pase pronto. *Buona giornata!*

–Igualmente, Proteo, y saluda a Laura de mi parte.

–Lo haré –gruñó el comisario abriendo la puerta. Una fuerte ráfaga azotó el interior de la tienda y alborotó las primeras páginas de algunas revistas. Laurenti tiró con fuerza para cerrar la puerta tras de sí y se puso en camino. Se abrió paso contra la *bora* a través de una ciudad gris que aquella mañana parecía no despertarse.

Quince minutos más tarde estaba sentado en el Caffè San Marco, el antiguo café, protegido como monumento, a la espalda de la sinagoga. Era lo único que había permanecido intacto desde aquellos tiempos gloriosos de la ciudad, y uno siempre tenía la impresión de que en cualquier momento podía entrar por la puerta alguno de los famosos poetas de antaño. Los camareros se asombraron al ver al policía allí en domingo por la mañana. Normalmente sólo iba entre semana, durante el descanso del mediodía, y se sentaba siempre en la misma mesa a leer. Y hoy ni siquiera se había afeitado.

Las últimas semanas habían sido duras. El fiscal preparaba con mucha antelación una operación contra todos los inmigrantes ilegales chinos de Trieste. Antes de la redada en todo el territorio de la ciudad se habían celebrado incontables reuniones para coordinar cada punto. Por fin, el juez de instrucción les había dado luz verde, y el viernes anterior habían entrado en acción: sesenta coches patrulla y un contingente de trescientos hombres de la Polizia Statale y la Guardia di Finanza registraban a un mismo tiempo trece comercios, nueve restaurantes y veintisiete viviendas. Era la operación que tanto tiempo llevaban esperando contra los chinos que, introducidos en su gran mayoría por Belgrado, invadían la ciudad desde hacía un año. Habían abierto una tienda detrás de otra y comprado muchos inmuebles a unos precios

desmesurados, fundamentalmente en efectivo. También se contaba la historia de uno que había comprado seis camiones de mercancías en un concesionario, depositando los billetes sobre la mesa uno tras otro y como quien paga medio kilo de tomates. Media ciudad pensaba que aquel dinero difícilmente podía proceder de fuentes legales.

Los resultados del registro habían sido más que considerables: documentos y dinero falsificados, inmigración ilegal, economía sumergida y juego, extorsión y blanqueo de dinero, más de una sospecha de asesinato. La intervención de las fuerzas del orden había dejado huella: en el Borgo Teresiano, los farolillos rojos, apagados, pendían tristes en las puertas de numerosos comercios. Se habían confiscado quintales de papeles que aún estaban por analizar. Y también había caído una oscura sombra sobre aquellos chinos que vivían en la ciudad desde hacía mucho y no tenían nada que ver con los tejemanejes criminales.

Unos cuantos estudiantes ocupaban las otras mesas, hojeaban sus libros y tomaban notas, o charlaban entre sí. El sitio favorito de Laurenti seguía libre. Dejó caer los periódicos sobre la mesa, se quitó la chaqueta, se frotó las manos, se las pasó por el cabello, mojado por la nieve, y se sentó.

El *caffelatte* le hizo entrar en calor enseguida, pidió otro más y un zumo de pomelo recién exprimido. Luego se enfrascó en la lectura del *Piccolo*.

El titular del diario local anunciaba con grandes letras que, esta vez, la *bora* traería hielo y nieve. Qué novedad. Tampoco el resto era nada emocionante, y Laurenti estaba demasiado inquieto para concentrarse en ningún artículo que se extendiera más de diez líneas. Hasta que no llegó al horóscopo no se detuvo. A los Aries les prometía un día lleno de armonía con sorpresas en el amor, y a los Géminis, es decir a Laura, un excitante y romántico viaje con nuevos horizontes. Por un momento, a Laurenti se le desdibujaron las letras, luego sacudió fuertemente la cabeza, como si de ese modo pudiera obligarse a regresar al presente.